



Carlos Alejandro / Olga de León

# Sin paralelo: de Cortázar a Swann

NI CRONOPPIO, NI FAMA.

Llegué tarde al estudio que entonces compartía con Rita, la historiadora de arte. No estaba más sarcástica que otros días, tampoco parecía molesta por mi retardo, no obstante, me dijo que era un Cronopio. Luego, tras hojear mi cuaderno de dibujo de quinientas hojas membretadas con el sello de la universidad en la que impartía clases de pintura -y que yo había mandado encuadernar por doscientos pesos como si fuera una tesis-, Rita corrigió: - más bien, eres un Fama.

Estaba harto de ser Fama. Dos semanas atrás le había contado a Rita de la última de mis cuasi-conquistas, una Cronopio, a la que le había dedicado un poema confesándole que deseaba besarla y hacerle el amor. Seis años mayor que yo. Nunca respondió, ni por correo electrónico ni cuando eventualmente nos encontrábamos en los cafés. Así es que aquella noche de concierto con la Orquesta de Xalapa, decidí invitarla al restaurante más caro que encontré abierto en domingo a las doce de la noche. Estacionó su auto y caminamos por varias calles del centro.

Había perdido la fe en que a sus cuarenta y cinco años quisiera perder la virginidad, la que tanto había cuidado hasta entonces... ¡y conmigo!, con un Fama, así nada más: no parecía estar entre sus planes. No es que ella rechazara casarse con un tipo como yo, tan acostumbrado a casorios y divorcios: entonces solo cinco. Pero debo aceptar que mis ánimos habían disminuido al descubrir algo extraño en ella: se trataba de una socarrona, una contreras cuyo lenguaje corporal jamás coincidía con sus pensamientos. De haber tenido oportunidad de retratarla, la hubiese pintado de un color entre verde y crema. Fue cuando comencé a preguntarme: ¿se tratará realmente de una Cronopio?, o será que con los avances tecnológicos, ¿existe ya un nuevo tipo de ser humano? Cortázar tiene la culpa, nos dejó tan acostumbrados a sus cánones, a sus máximas entre chocarreras y severamente serias.

Esa noche, en la mesa del restaurante, accedió a una de mis peticiones más feroces: ordenar carne asada, no pescado como se acostumbra por estas tierras. Quizás se animó luego de haberla dejado observar algunos óleos de mi autoría, todos reproducidos en imágenes fotográficas presentadas en la pantalla de mi computadora; los originales aún se encontraban en mi viejo estudio de Oaxaca. Observé con ojo crítico, sin importarle que ya habían sido expuestos en una colectiva organizada por MARCO de Monterrey. Miró durante media hora. Escuché sus opiniones, atento, porque a final de cuentas, se trataba de una graduada de la Escuela de Bellas Artes de París, y algo interesante tendría que decir, quizá yo aprendería algo diferente de mi obra.

También recogí algunas otras sospechas sobre ella que me ayudaron a aclarar su posición ambigua: su insinuación y su

negación. Todo se volvió un marasmo en mi mente cuando descubrí su recámara el día que me invitó a ver una película en su departamento. Una imagen gigantesca tallada en madera, de Nuestro Señor Jesucristo en la cabecera de su cama individual, llenaba el espacio; al mirarlo, se pierden las dimensiones y la cama deja de ser tal, se vuelve un confesionario o quizá un reclinatorio; definitivamente dejó de ser: "- ahí, me dije en silencio, y

Cuando la vi pasar por cuarta vez, tuve que correr para alcanzarla mientras conducía, afortunadamente se detuvo en un semáforo. Toqué su vidrio, abrió la puerta del copiloto y la encontré volcada de risa. En ese momento, lo confieso, la odié.

Creo que el incidente ayudó a que, ya en el restaurante mientras hacíamos sobremesa, le arrebatará el vaso de vino del que no bebía una sola gota, le diera un trago largo y

cio puestos sobre esos óvalos alargados con peinados recogidos y vestidos bellamente bordados, enmarcados por brazos largos y suaves. En "Lejanía" a las mujeres campesinas les pinta líneas: en lugar de labios, una rasgadura blanquecina-rosada, pequeña, tenue; en lugar de cejas, ojos y nariz, solo una letra "T", en algunas con curvas ligeras en lugar del sombrero sobre la recta de la "T". Están todas juntas y separadas al mismo tiempo, las une la espiga, el campo, el trabajo, la condición laboral-económica y femenina: no hablan y sin embargo, parecen entenderse...

Valetta Swann se quedó en México, quizá porque aquí encontró la libertad que tanto anhelaba: libertad de ser y de hacer de su vida lo que siempre quiso, para lo que nació: pintar.

Sí, estaba plácidamente dando vuelta a las páginas de un viejo "resumen" pintores y pintura mexicana, el número 79, cuando detenida sin ir más allá de la Swann, sonó mi celular.

-¿Qué haces, estás escribiendo? -No mucho; bueno, nada todavía. Estoy viendo algunos libros de pinturas. -¡Ah!, qué bien, cuáles... -la mayoría de los que tengo sobre el escritorio, son tuyos (o de ambos)

-¡Claro!, te los regalé: a quienes estás viendo; -a Manet y Monet. Todavía no me deleito con el abstraccionismo de Kandinsky, pero también me acompañará esta noche. Por lo pronto estoy detenida en conocer a Valetta Swann.

-Y, sobre qué vas a escribir. -No lo sé; pero no me asusta, casi nunca sé sobre qué escribiré. Finalmente, algo fluye, aunque en ocasiones como hoy, siento que me falta tanto por hacer, me hace falta viajar, tengo abandonado este renglón. Hablar con la gente es algo que se me da, lo hago cotidianamente, pero luego mis registros tienen demasiada cordura y dejo que el tiempo madure las charlas, las vidas recogidas aquí o allá... pero necesito leer mucho más, la vida es tan corta...

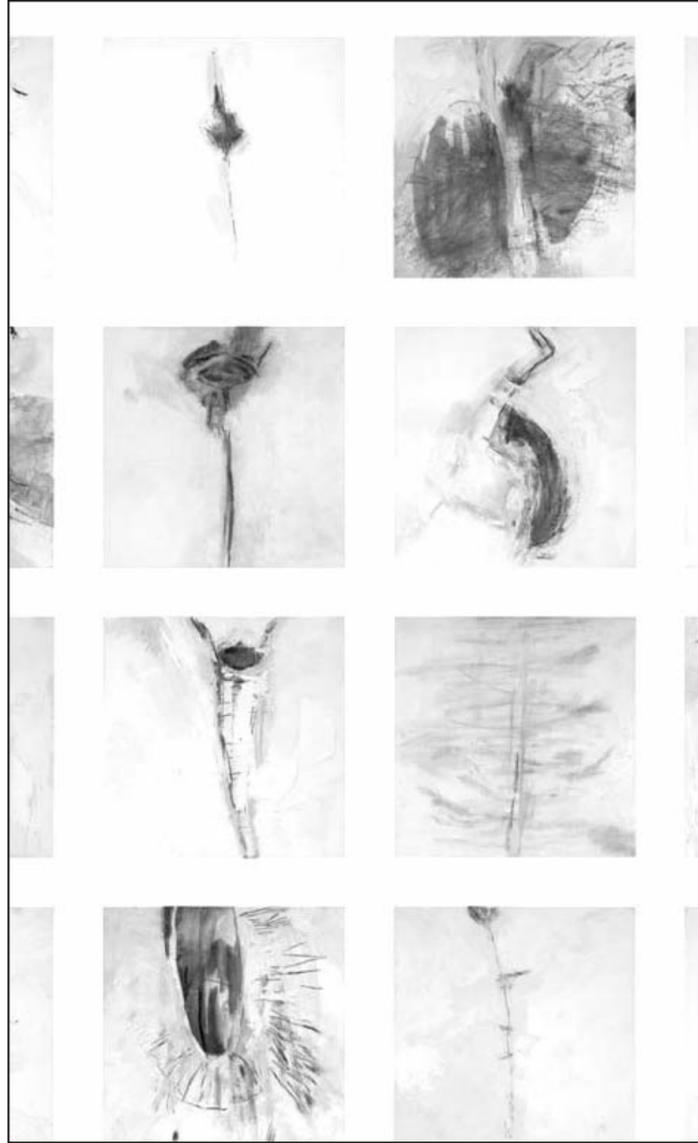
¿Tienes algo para publicar? -Sí, pero no está concluido... -no te preocupes, yo apenas empezaré.

-Bueno, mejor te dejo trabajar. El celular volvió a sonar a menos de diez minutos transcurridos: "-Ya encontré algo, solo que tengo que pasarlo en limpio... ¿te interesa?" - Sí, ¿podrás adelantarme la idea para entrar en tono? - Por supuesto, es sobre un Cronopio y un Fama... (Risas de ambos lado del auricular).

-Curioso, que sea alusivo a Cortázar, a mis alumnos se los he dejado como tarea.

-No esperes mucho. -Ya veremos, tampoco tengo ganas de ironizar, ni de ser sarcástica o chocarrera, ni en serio ni en juego. Pero lo fantástico es nuestro encuentro a la distancia en espacio y tiempo de vida, a través de este arte maravilloso que es el juego de jugar a escribir cuentos.

El Cronopio era en realidad un Fama y la Fama fue dejando de ser Cronopio para vivir en la página.



repetí solo para mí: ¿allí? Por aquel tiempo, siendo yo aún un chamaco de menos de cuarenta, nada podía resultar más "mata-pasiones" que su recámara, imaginarnos haciendo el amor debajo de una imagen, casi de tamaño natural, de nuestro Redentor, era poco más que un calvario, un acto de perjurio desde mi memoria adolescente, aún fresca con las enseñanzas recibidas en casa.

Pero no me di por vencido. Volví a invitarla a salir, esta vez, a tomar un té. Llegué puntual. Media hora después, la vi pasar en su auto, no volteó a verme, aunque me encontraba sentado junto a una de las mesas en la acera, afuera del lugar. Luego una segunda vez, en sentido contrario; y una tercera. Decidí marcarle al celular:

- ¿Estás perdida?  
- No, ya te vi, estoy buscando dónde estacionarme.

Tuve que volver a explicarle que el plan era únicamente que me recogiera, iríamos a otro lado luego de estacionar su auto en mi cochera.

le devolviera la copa vacía diciéndole: "te invito a otro lugar, a tu casa".

## SIN INSTRUCCIONES NI JUEGOS

Hojeaba el libro de pinturas, sin prisa, tampoco con afectación alguna: sencillamente lo hojeaba con calma, me detenía un momento más en el cuadro a la derecha o en el de arriba a la izquierda. Miraba como si quisiera taladrar en mi memoria las figuras, los colores, los sentimientos plasmados entre amarillos, ocre, negros, grises, blancos y sombras.

Otros eran los colores del mercado ruso: las mujeres llevan pañoletas rojas, violeta o amarillo cubriendo sus cabezas; y sus rostros son muy blancos y rechonchos; además, tienen labios, ojos y nariz. Contrario a lo que plasmó en algunos de los cuadros que pintó de esta mi tierra morena, no hay rostros en "Las comadres"... y sin embargo los sentimientos están allí: se escuchan sus pláticas y su silen-



Paul Claudel

(1868 - París, 1955) Dramaturgo, poeta y ensayista francés, considerado un paladín del catolicismo. Hijo de un funcionario del registro público afectado en diversas ciudades del interior de Francia, la familia se instaló en París en 1882. Cursó un bachillerato en humanidades y luego comenzó una licenciatura de derecho.

En 1886 descubrió a A. Rimbaud y durante unos años se debatió entre la adhesión al cientificismo de la época y la fe católica, volcándose finalmente a la religión. Paralelamente a este itinerario espiritual, inauguró su carrera literaria: a partir de 1887 frecuentó los "martes" de S. Mallarmé, leyó a W. Shakespeare, los trágicos griegos, Dante, Virgilio y F. Dostoievski.

Después de algunos ensayos, compuso sus primeros dramas: las versiones iniciales de Cabeza de oro (1890), La ciudad (1893) y La Jeune fille Violaine (versión de 1892), de inspiración simbolista. En 1893 ganó un concurso que lo habilitó para la carrera diplomática y su destino inicial fue el consulado de Boston. Escribió allí la primera versión de L'Exchange, drama americano en tres actos, terminó la segunda versión de Cabeza de oro y reestructuró La Jeune fille Violaine, no representada hasta 1959.

Luego ocupó diversos puestos en China, donde escribió el ensayo Connaissance de l'Est (1900) y un drama oriental, Le repos du septième jour (1896). En 1900 volvió a Francia por un año. Publicó L'Arbre (1901), que reunía sus cinco dramas anteriores, y comenzó Las musas, texto que abre las Cinco grandes odas (1910). Un retiro en un monasterio benedictino se saldó con la vuelta a las tentaciones del mundo. Embarcado en un transatlántico con destino a China, vivió una gran pasión que se reflejó en su drama Partición de mediodía (1906). En China, escribió su Art poétique (1907), obra capital que retomaba textos anteriores.

Después de una tercera estadía en China (1906 a 1909), se encaminó hacia la consagración tanto literaria como profesional. Fue nombrado cónsul en distintas ciudades europeas y luego fue destinado a las grandes embajadas:

ad pēdem  
literae

"Enseñemos a perdonar; pero enseñemos también a no ofender. Sería más eficiente".

José Ingenieros

letras de  
buen humor

" Hay que comer para vivir, no vivir para comer".

Cicerón

## En interiores...

Perder la cabeza

Mónica Lavín

Página 2

A propósito de MACO

Felipe Leal

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José Gómez

Página 4